



Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XII

San Salvador, C. A., Diciembre de 1957

Número
122

ORIENTACION

El humanismo cumbre

Desde hace algunos lustros y mucho más desde la última guerra mundial viene sonando en el ambiente esta palabra de Humanismo o las afines de Humanidades, Humanistas que parecían relegados a las Historias de la Literatura y a los centros de enseñanza eclesidásticos.

Hoy, en cambio, asistimos a la fundación en las Universidades de Facultades de Humanidades, oímos hablar en las relaciones obrero-patronales de Relaciones Humanas y el nombre Humanismo se deja acompañar de diversos adjetivos calificativos: Humanismo greco-latino, Humanismo eterno, Humanismo Cristiano y hasta Humanismo industrial, neo-socialista, masónico y ateo.

QUE ES HUMANISMO

Y a todo esto ¿qué significa Humanismo? Muchas cosas centradas alrededor de una idea común que procede históricamente de un hecho concreto.

Este hecho es el despertar de la afición por la literatura y tras ella por las artes y la política y el modo de ser y de pensar del mundo greco-latino antiguo que podemos decir tuvo su punto culminante en la época de Augusto. Es anti-histórico pensar que la antigüedad desapareció del todo de la memoria de los hombres cuando su recuerdo fue cariñosamente conservado por la única institución que sobrevivió a la irrupción de los bárbaros. Sin la Iglesia y la paciente obra de los amanuenses de sus monasterios apenas sabríamos nada de ese mundo, pero también es verdad que hasta los siglos 14 y 15 el esfuerzo intelectual y cultural iba a una con el religioso en un movimiento ascendente hasta el esplendoroso y no menos calumniado siglo 13, el siglo de la Cristiandad, fecundo en hombres y obras de cuyo espíritu participan y aun estaban empapadas todas las manifestaciones de la vida de Europa occidental.

Contemplando el curso de la Historia a la luz de la Providencia Divina diríamos que solidas del caos de las invasiones bárbaras las nuevas naciones europeas nacidas y educadas en el regazo de la Iglesia, firmemente establecida ésta en el alma de sus pueblos y en la sistemática disposición y contrastación de su doctrina, había llegado el tiempo de poder dirigir su mirada hacia atrás sin los apremiantes apuros del momento. Es lo que sucedió. En Italia, la tierra que mejor guardaba las reliquias de los tiempos pasados, hijos de la Iglesia y la mayoría eclesiásticos comenzaron a estudiar sus monumentos literarios y prendados de su belleza en afanes de imitación dieron comienzo a una nueva época conocida en la historia con el nombre de Renacimiento.

La atención de los eruditos, eclesiásticos la mayoría o en estrecho contacto con instituciones eclesiásticas, se volvió al estudio de la antigüedad pre-cristiana en sus obras, fruto del ingenio humano desprovisto todavía de las luces divinas de la revelación cristiana. Eran las letras o las obras humanas. Sus conocedores vinieron a ser conocidos con el nombre de humanistas. Y de aquí procedió el nombre de Humanismo con las diferentes resonancias que partiendo de ese punto inicial ha ido teniendo al correr de los siglos.

Humanismo, por lo tanto, significa un movimiento cultural hacia el conocimiento e imitación de la literatura greco-romana anterior al cristianismo —primera acepción— de la que se pasó a la segunda más general: Movimiento cultural que trata de concebir el ideal del tipo humano o del hombre perfecto y de realizarlo en sí y en otros.

EN BUSCA DEL TIPO IDEAL HUMANO

El tránsito de la primera acepción a la segunda se debe a las cualidades de valor humano que contiene y en todo tiempo han sido reconocidas por sus conocedores a la literatura greco-latina y en general a su mundo cultural filosófico y artístico.

Hay en esta literatura claridad y precisión en las ideas, orden lógico en su encadenamiento, progresión regular y arquitectónica, desarrollo orgánico y viviente sentido del análisis y de la síntesis a través de una dicción que gusta de la propiedad de las palabras, en un ambiente de serena distinción y armónico equilibrio de las facultades, para las que nada de lo tocante al hombre es extraño, conforme al conocido verso de Terencio: "Soy hombre y nada de lo humano lo tengo como ajeno."

Los latinos imitaron a los griegos, pero adaptando a su genio nacional y perfeccionando por sus propios medios la sabiduría y los descubrimientos helénicos, que, si a veces tendieron a la inflación e insipidez, no cabe duda que dieron a los frutos de su ingenio cierta mayor nobleza de fondo y forma en la amplitud y en la perfecta disposición de sus períodos y una cierta majestad reflejo de la del pueblo que llegó a dictar sus leyes al mundo.

Estas cualidades dan a las obras del mundo greco-romano un rango de acabadas y completas en su género que las ha elevado a la categoría de clásicas o ejemplares de que han gozado en tiempos pasados y siguen gozando en los nuestros.

Una vez que el macedonio Alejandro Magno propagó la cultura helénica o el helenismo y se la asimilaron a su modo los romanos, la cultura greco-romana ha sido un instrumento de primer orden para la expresión del Cristianismo. El

renacimiento vino a constituir la edad de oro de las letras y artes en Italia. La grandeza de España coincidió con el florecimiento en ella. Las naciones más fieles a esta tradición han sido las de mayor influjo cultural. Y por lo que hace a nuestros tiempos bastará citar el ejemplo de Inglaterra. Sus más grandes hombres de Estado, tanto ayer como hoy fueron educados en las Humanidades. Hasta se ha indicado que a su formación clásica los hombres de gobierno ingleses deben sus cualidades tradicionales de tacto político para la formación del Imperio Británico y su transformación en la Commonwealth.

Todo lo cual nos está confirmando que en los clásicos greco-latinos laten valores humanos que son eternos y conciliables con los avances del conocimiento de todas las épocas. Ni Píndaro ni Platón han impedido jamás —dice el P. Festugiere O.P.— al estudiante de Oxford y de Cambridge conducir su barco sobre el Támesis o a través de su vida.

LAMENTABLE DESVIACION Y CONTRADICCION

El primitivo cristianismo, fuera del reducido núcleo judío que lo vio nacer y lo aceptó, procedía del mundo greco-romano y vivió dentro de él, en todo lo que no contradecía a la verdad de la razón y de la fe recientemente manifestada en la persona de Jesucristo. Con un sentido integral de la vida veían en la nueva religión la filosofía que echaban de menos en sus escritores, filósofos y poetas, y por eso la abrazaron con todo entusiasmo. Los más grandes problemas que se puedan ofrecer al humano entendimiento encontraban en ella la respuesta adecuada que en vano alcanzaron a ver sus sabios, pero estos siguieron gozando ante la élite cultural cristiana de todo el aprecio a que eran acreedores por sus dotes humanas y sus adquisiciones literarias, artísticas o científicas. Antes los consideraron como pedagogos del pueblo hacia Cristo. "La Filosofía educó a los griegos, nos dirá Clemente Alejandrino, como la Ley a los judíos, para llevar a unos y a otros a Cristo."

Jesucristo desde entonces comenzó a cumplir la misión que le asigna el Apóstol de "reasumir o recapitular todas las cosas en sí, las de la tierra y las del cielo." A esta luz lo contempla a su vez el Petrarca considerado como uno de los fundadores del Renacimiento. "Filosofemos —dice— la tal suerte que amemos la sabiduría, mas la verdadera sabiduría de Dios es Cristo; y para filosofar de verdad, debemos ante todas las cosas amarle y adorarle. Ante todo hemos de ser cristianos y esto supuesto seamos después lo que nos pluguiere. Los escritos filosóficos, poéticos e históricos hemos de leerlos de modo que siempre repercuta en nosotros el Evangelio de Cristo; sólo de esta manera podremos ser eruditos y cristianos; y por otro camino, cuanto más hubiéramos aprendido, tanto seremos más ignorantes y desdichados. Sólo sobre el Evangelio puede la humana diligencia edificar, como sobre el único e inmovible fundamento de toda ciencia verdadera."

Por desgracia frente a Petrarca estaba su contemporáneo Boccaccio, el otro iniciador del Renacimiento que representa su desviación hacia el paganismo. Los fautores de esta corriente falseada, exagerando del modo más peligroso el entusiasmo por todo cuanto estaba en relación con el mundo antiguo, vinieron a considerar como únicamente bellas las formas antiguas, y sus ideas como las únicas verdaderas. Hasta hubo quienes llegaban al extremo de creer que la literatura antigua podía satisfacer todas las necesidades espirituales y que solo ella conduce a la verdadera humanidad, queriendo, por consiguiente, resucitar la Antigüedad (y por cierto la antigüedad decadente, única que entonces se conocía) de una manera total. Claro está que de tal modo de sentir había de seguirse prontamente una peligrosa desviación de los modos de pensar y vivir cristianos.

Aparecen ya en aquellos primeros escritos las ideas de la separación de la guía religiosa y moral de la Iglesia y del Papado, la completa secularización de la vida, la exaltación del amor libre y el cultivo sin escrúpulos de la pornografía, como rama propia de la literatura, para culminar en una repugnante "emancipación de la carne," preludiando las grandes revoluciones que han sacudido a Europa en los siguientes siglos, como la rebelión protestante y la revolución francesa, y abriendo camino a la desintegración del pensamiento y del corazón cada vez en aumento hasta nuestros días.

Lo que comenzó en un pretendido humanismo acristiano o anticristiano ha venido a parar a la desumanización presente, tan real como lo comprueban los hechos y los esfuerzos que se hacen para volver a encontrar al hombre y colocarle en su dignidad de persona humana en el movimiento humanístico al que hemos aludido al comienzo del presente escrito.

Y cosa digna de notarse. Esta deshumanización originada por el falso humanismo, contrariamente a lo que se podía esperar, ha venido a mostrarse negligente y aun positivamente enemiga de los estudios humanísticos de la literatura greco-latina, de los que comenzó a hacer su ídolo. Se los ha ido desplazando de la mayoría de los planes de enseñanza oficiales; sólo la Iglesia, la más humana de las sociedades y defensora nata de la humanidad, es la que ha seguido cultivándolos con esmero y utilizando sus lenguas como las oficiales de su magisterio universal.

HACIA LA CUMBRE DEL HUMANISMO

La misma sucesión de los hechos nos muestra que el mundo greco-romano ni en su tiempo, y mucho menos después no ha producido el tipo del hombre perfecto, es decir, el de quien consciente y libremente esté a la altura de todas las exigencias de su ser racional de manera constante.

Sin embargo se ha reconocido que el trato con la literatura greco-latino ayuda a la formación de ese hombre ideal, cuando se la acepta como fue: una manifestación espontánea de tendencia al ideal absoluto de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno, pero no cuando, después de haber conocido al verdadero Dios en el cristianismo, se quiere hacer de ella un ídolo, algo cerrado y absoluto, desnaturalizando con esto su misma dirección natural hacia un ideal, a veces entrevisto entre sorprendentes ráfagas de claridad y que solo se dejó ver "lleno de gracia y de verdad" en Jesucristo.

Aquí podríamos preguntarnos si esta aptitud para la formación humana es exclusiva del genio greco-latino o puede también encontrarse y aun, con ventaja en las otras culturas más antiguas que ella, v.gr. las de la India y China. Puede que así sea y no faltan quienes así lo creen y aun intentan comprobarlo, buscando en ellas la inspiración para la formación del tipo ideal humano. Sin negar, más aún, admitiendo la posibilidad que en esas culturas se encuentran elementos más valiosos para la formación humana que en el mundo greco-latino, nos atrevemos a afirmar de plano que no llegarán a desarrollar toda su virtualidad sino en la medida que se vayan informando de la doctrina y de la gracia de Jesucristo.

Sin Jesucristo todos los humanismos que se quieran soñar están condenados al fracaso por una razón muy sencilla que aplicamos sin dificultad en otras materias. El ideal de una obra sólo nos la puede describir su autor; el del hombre,

su Creador. Y Dios nos ha dicho que el hombre está hecho para dominar a cuanto está debajo de él y a ser feliz, con tal de que, a su vez, conozca y ame y por amor viva cumpliendo la voluntad de su Dios. Más todavía. Dios se ha querido hacer hombre para convertirse en el ideal viviente humano: Representa "la benignidad y filantropía de Dios Nuestro Salvador" dice San Pablo (Tit. 3,4.) "llena de gracia y de verdad" que añade su discípulo predilecto San Juan (Jo. 1,14,) para ser nuestro ejemplar, el segundo Adán de una nueva creación que Dios quiere instaurar en nosotros. Porque no se contenta Dios con mostrarnos su ideal del hombre y actuarlo en si mismo; quiere construirlo en cada uno de nosotros, infundiéndonos el principio vital y como vital arquitectónico de la gracia que nos va conformando a imagen de nuestro modelo, haciendo del hombre otro Cristo hasta llegar a su plenitud a través de todas las cosas (Eph. IV, 12 ss.)

Este es el humanismo cristiano forjador "del hombre nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad" (Eph. 4, 24,) que se aprovecha de cuanto encuentra para asimilarlo, en virtud de ese principio interno que le da el ser y lo diferencia específicamente de cualquier otro humanismo.

De hecho este humanismo corresponde y se acopla a las tendencias más íntimas del hombre que sin darse perfecta cuenta tiende a Dios y sólo en El encuentra su plena satisfacción y sosiego, aun en el plano natural. De hecho este humanismo ha ido civilizando al mundo y ha sido aceptado por las culturas más avanzadas que le han precedido. Y cuando en nombre de cualquier otro humanismo, no se ha querido acercar a él o se ha pretendido separarse de él, de mala fe, se ha cumplido y sin duda se seguirá cumpliendo la profecía del Petrarca de que cuanto más se camine por otro camino seremos tanto más ignorantes y desdichados.

El fracaso del humanismo greco-latino consistió, según San Agustín, en que "quisieron fabricarse a su modo una vida bienaventurada y estimaron que esa vida había que fabricarla más bien que impetrarla y el que la otorga no es otro que Dios. Tan solo el que hizo al hombre hace bienaventurado al hombre" "por donde cayeron en un error totalmente absurdo, pues mientras afirman que el sabio puede ser bienaventurado aun en el toro de Fálaris, se ven forzados a confesar que a veces hay que huir de la vida bienaventurada. Se rinden a los exagerados infortunios del cuerpo que hay que huir de esta vida cuando sus molestias son muy graves" (A Macedonio, BAC, XI, 365.)

Y es el mismo San Agustín el que se llena de admiración de la obra humana y civilizadora llevada a cabo por la Iglesia en todos los estratos de la vida tan callada como eficazmente, en comparación de lo poco o nada atribuible a la filosofía y literatura puramente profanas, en especial, en favor de los más desheredados.

Nuestro mundo actual parece que en parte está cayendo en la cuenta de que el hombre no lo es verdaderamente ni lo puede ser totalmente sin Dios. Dioses falsos los ha tenido y los podrá tener siempre, ante los que al fin se tendrá que confesar decepcionado. Los cristianos tenemos que tener presente la palabra del Maestro que "la vida eterna consiste en conocer al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo" (Jo, 17,3.) Este es el tipo ideal del hombre y no hay otro. "No os dejéis llevar de tantas y tan extrañas doctrinas" como nos rodean, nos dice San Pablo. que "Jesucristo así como lo fue ayer, así lo sigue siendo hoy y lo seguirá siendo por los siglos de los siglos." (Hebr. 13,7.)